



Facultad de Educación

**MÁSTER EN FORMACIÓN DEL PROFESORADO DE
EDUCACIÓN SECUNDARIA**

**Las actitudes del docente de Educación Secundaria: una
aproximación a la visión de profesores y alumnos.**

**The attitudes of the teacher of Secondary Education: an
approach to the vision of teachers and students.**

Alumno: Sergio Revuelta Delgado

Especialidad: Economía, Administración y Gestión y FOL

Director: Javier Argos González

Curso académico: 2018/2019

Fecha: 12/6/2019

Contenido

1. Resumen/Abstract.....	4
2. Justificación.....	6
3. Marco teórico.....	8
3.1. Introducción.....	8
3.2. Las actitudes. Una definición.....	11
3.3. Las actitudes en las aulas.....	14
3.4. El profesor ante su primera clase.....	17
3.5. La percepción de profesores y alumnos sobre las actitudes docentes.....	19
4. Estudio empírico.....	21
4.1. Objetivos.....	21
4.2. Metodología.....	22
4.3. Contexto del estudio.....	23
4.4. Muestra.....	24
4.5. Resultados.....	26
4.5.1. Actitudes docentes deseables.....	26
4.5.2. Actitudes docentes observadas en la práctica pedagógica.....	29
4.5.3. Discrepancias entre lo deseable y lo observado en las actitudes docentes.....	33
4.5.4. Análisis de las respuestas a preguntas abiertas.....	35
5. Conclusiones.....	47
Referencias.....	50
Anexo 1. Cuestionarios.....	52

Nota sobre el lenguaje.

En este trabajo, en algunas ocasiones, se han utilizado términos en masculino para referirse a ambos sexos. Esto, de ninguna manera, representa una intención discriminatoria por parte del autor.

1. Resumen/Abstract.

En este trabajo hemos buscado un acercamiento a las actitudes en la profesión docente desde dos puntos de vista:

Teórico, exponiendo lo que diferentes autores han expresado con relación a esta cuestión, con la intención de tener una idea aproximada y fundamentada de la opinión que quienes ya han estudiado el tema han plasmado en sus trabajos previamente.

Práctico, investigando la perspectiva mantenida por profesores y alumnos sobre las actitudes en un IES cántabro, con la intención de obtener datos y opiniones de quienes actualmente están inmersos en el mundo de la educación a nivel de la Educación Secundaria.

Tras esto, se pone de manifiesto la importancia que tienen las actitudes docentes en el buen desarrollo de las clases y las diferencias que existen en cómo ambos colectivos, profesores y estudiantes, perciben la presencia de aquellas en el día a día en las aulas.

Palabras clave: Actitudes docentes, alumnos, profesores, expectativa, realidad.

In this work we have sought an approach to attitudes in the teaching profession from two points of view:

Theorist, explaining what different authors have expressed in relation to this issue, with the intention of having an approximate and substantiated idea of the opinion that those who have already studied the subject have expressed in their work previously.

Practical, investigating the perspective maintained by teachers and students on attitudes in a Cantabrian high school, with the intention of obtaining data and opinions from those who are currently immersed in the world of education at the level of Secondary Education.

After this, it is clear the importance of teaching attitudes in the proper development of classes and the differences that exist in how both groups, teachers and students, perceive the presence of those in the day to day of the classrooms.

Key words: Teaching attitudes, students, teachers, expectation, reality.

2. Justificación.

Al igual que muchos otros alumnos, llegamos a este Máster con unos buenos conocimientos de las asignaturas que en unos meses tendremos que desarrollar en las aulas, pero con unos conocimientos sobre cómo llevar adelante una clase mucho más endebles.

Finalizar este año nos ha aportado un armazón teórico respecto al funcionamiento de nuestra profesión, pero sin la concreción que la experiencia diaria puede llegar a dar. Incluso tras la realización del prácticum, tenemos la sensación de que seguimos sin saber del todo cómo enfrentarnos a nuestra tarea pedagógica.

Una vez finalizadas satisfactoriamente todas las asignaturas del Máster en Formación del Profesorado de Educación Secundaria, se nos ha planteado la doble misión de superar nuestras prácticas en el mundo real de un Instituto de Educación Secundaria y posteriormente llegar a tener un buen desempeño en el día a día de la profesión que hemos elegido.

Consideramos que uno de los puntos más importantes en el camino de llevar a buen término ambos objetivos es la interacción con estudiantes y docentes. Dado que esta es una profesión en la que se establecen relaciones con los estudiantes que pueden ser prolongadas, el que esa relación sea positiva puede ser muy valioso.

Por ello vamos a centrarnos en el ámbito de las actitudes docentes, que ya durante nuestra formación teórica nos han sido destacadas como importantes en el desarrollo de nuestra profesión.

Dado que tenemos acceso a docentes de cierta experiencia y a estudiantes que podemos considerar similares a los que dentro de unos años tendremos bajo nuestra responsabilidad, nos centraremos en averiguar cuáles son las expectativas que ambos grupos tienen en este ámbito y la realidad que sienten actualmente presente en las aulas.

Esperamos que llevar a nuestra práctica docente un desempeño personal y actitudinal adecuado pueda ayudar a nuestros estudiantes a obtener los

mejores resultados en su vida en las aulas y poder afrontar posteriores años con la motivación de haber tenido una experiencia positiva de durante ese periodo educativo.

De ese modo, la experiencia del módulo práctico del Máster no solo servirá para lograr un bagaje en el ámbito más directo de una clase, sino también para poder adquirir una mejor armadura para nuestra futura tarea profesional. Una armadura que se base en el día a día de un mundo real que dentro de muy poco será nuestro hábitat.

3. Marco teórico.

3.1. Introducción.

La relación interpersonal entre el profesor y el estudiante es esencial en la práctica que el primero tenga de su oficio. Aunque siempre debemos entender al alumno como el protagonista del acto docente, “la figura del profesor es el factor más importante y determinante de la calidad de la educación” (Argos, 2015, p. 35).

Autores como Navas, Castejón y Sampascual (1991) ya relacionaron la expectativa que un profesor tiene respecto a un estudiante con los resultados obtenidos por este. Hasta ese punto puede llegar a afectar nuestra forma de relacionarnos con un adolescente dentro de las aulas con el resultado que acabará teniendo.

Por ello, es importante que entendamos que nuestra misión no se circunscribe únicamente a la información verbal y escrita que ofrecemos a nuestros estudiantes. No somos meros transmisores de datos, fórmulas y enfoques de trabajo. Si fuera así probablemente seríamos fácilmente sustituibles por un libro o un video de cualquier plataforma de aprendizaje. Nuestra misión principal en un aula es aportar esa diferencia que no puede aportar un texto.

Uno de los primeros elementos con los que contamos para marcar esa diferencia es nuestra actitud respecto a los propios alumnos. Cómo actuemos en clase y cómo afrontemos la práctica docente puede ser tan importante o más que aquello que sepamos respecto a la materia o nuestras técnicas pedagógicas.

Nuestros conocimientos sobre la materia los podríamos englobar dentro de lo que llamaríamos la esfera del *Saber*. Son nuestra formación ajena a la propia docencia, que incluye el conocimiento y las destrezas que debe adquirir el estudiante para ser capaz de realizar el conjunto de tareas que está establecido como objetivo del curso. Mucho de lo aquí contenido es

realmente sustituible por un libro, con lo que estaríamos ejerciendo como filtro a través del cual el estudiante adquiere dichas capacidades y un corrector de posibles errores de comprensión. Seríamos un facilitador del aprendizaje y un método para evitar desviaciones.

Nuestros conocimientos sobre cómo dar la clase serían parte de la esfera del *Saber hacer*. Serían nuestra preparación en relación al funcionamiento de un aula y un instituto, la forma en la que aprende una persona cualquier materia y los mecanismos ajenos al aula que afectan a nuestro trabajo, como los conocimientos sobre el desarrollo psicológico de un adolescente, entre muchos otros. Esta sería la esfera que separa a los versados en una materia de un profesor preparado para impartirla. Son los conocimientos y destrezas de nuestro oficio como profesor. Es lo que compartimos con otros docentes que no imparten las mismas materias que nosotros.

Hasta este punto tendríamos la preparación, mejor o peor, que cualquier profesor tiene para ejercer su trabajo. Sabemos cómo dar una clase y tenemos los conocimientos que debemos transmitir. Igual que un ingeniero informático podría empezar a diseñar programas o un arquitecto proyectar un edificio, nosotros estamos listos para dar la clase.

Llegados aquí, dentro de unos límites, no importa demasiado cómo demos la clase. Sabemos lo que estamos haciendo y tenemos herramientas para que los alumnos adquieran las capacidades que se esperan de ellos. Siguiendo la metáfora, al final, el edificio estará construido. Sin embargo, existe una tercera esfera que afectará mucho a los resultados de nuestro desempeño en el aula.

Esta tercera esfera es la que llamaremos la esfera del *Ser*. Aquí se contiene nuestra forma de comportarnos en el aula y aquello que transmitamos a nuestros estudiantes ajeno a los conocimientos y habilidades que debe adquirir desde el punto de vista objetivo. Este es el lugar donde nuestra forma de ser nos diferenciará de otros profesores y donde podemos hacer que una clase cambie.

Hace mucho que la sociedad ha dejado de esperar que la mera transmisión de conocimiento sea el final de nuestro trabajo. Se espera que además seamos educadores y, por tanto, nuestro efecto sea más positivo que la simple transmisión de habilidades y conocimientos. Debemos dar un valor añadido a esas horas de clase.

La esfera del *Ser* es el lugar donde podremos ver las actitudes que el profesor tenga. Pero no solo la actitud hacia los estudiantes, también hacia su propio desempeño como educador y a la materia que imparte. No debemos olvidar que somos filtros entre la materia y el alumno. Si demostramos que no nos importa la materia o cómo estamos impartiendo la clase, es muy complicado que logremos que le importe a quienes asisten a ella.

En palabras de Van Manen (1998, p. 196) “Algunas veces, la gente joven adopta el comportamiento de su profesor favorito. En ese sentido, un profesor puede influir en la personalidad del niño.” Es decir, la actitud que tengamos en el aula puede llegar a ser la actitud que el estudiante acabe adquiriendo o, al menos, que permee en su propia personalidad. Esta es una responsabilidad que no se puede olvidar.

3.2. Las actitudes. Una definición.

Según la RAE (2018) la actitud es la “Postura del cuerpo, especialmente cuando expresa un estado de ánimo” y la “Disposición de ánimo manifestada de algún modo”. Como podemos ver en ambas definiciones, podemos entender la actitud como algo perceptible por nuestro entorno, reflejado incluso en nuestro lenguaje corporal y que muestra una disposición de ánimo, es decir, cómo enfocamos una situación. Por ello no es difícil llegar a la conclusión de que dichas actitudes por nuestra parte serán percibidas por nuestros estudiantes y, por tanto, podemos esperar que afecten al desarrollo de la clase.

Sin embargo, esta es una definición que podemos entender como superficial, por lo que debemos acudir a estudios y fuentes relacionadas con el ámbito de la psicología y la pedagogía para encontrar información más profunda con la que trabajar.

Tenemos en primer lugar las palabras de Bautista Vallejo (2001), que nos indican que resulta más precisa la medición de una actitud que la definición de lo que es una actitud. Vemos por tanto que la definición de lo que es una actitud puede resultar problemática.

En su tesis doctoral, Domingo Palomares (1992, p. 220) nos dice que:

El concepto de actitud se sitúa en el centro mismo de los intereses epistemológicos de la Psicología Social. No por ello resulta fácil su definición. Las diferentes definiciones coinciden tal vez en que se trata de una variable intermedia que tiene que ver con los afectos, con las cogniciones y con la conducta.

Vemos la dificultad de definirla y las primeras aproximaciones a esa definición.

En palabras de Ortega Ruiz (1986, p. 113) “El término «actitud», en el uso que de él se ha hecho en la investigación psicológica, no se ha delimitado suficientemente a nivel conceptual.” Esto nos confirma las palabras de Bautista Vallejo (2001) sobre los problemas en la concreción de la definición

del término. Por ello, debemos hacer un uso aproximado de este concepto, situándolo en función a las certezas que otros autores han alcanzado.

El mismo Ortega Ruiz (1986, p. 117) afirma que “la actitud se concibe fundamentalmente como una «predisposición» a responder de una determinada manera a un objeto específico o situación”. Por tanto, podemos entender que esta actitud es previa al estímulo que provocará la respuesta que la evidencie. Podemos pensar acerca de lo que pasaría antes de que ocurra el hecho.

Encontramos una definición de las actitudes como algo que afecta al exterior del individuo en las palabras de Eiser (1989, p. 29):

Decir que tenemos cierta actitud hacia algo es una manera abreviada de decir que tenemos sentimientos y pensamientos de cosas que nos gustan y de cosas que nos disgustan, que aprobamos o reprobamos, que sentimos atracción o repulsión, confianza o desconfianza, etc. Tales sentimientos tienden a reflejarse en la forma de hablar y actuar, y en cómo reaccionamos a lo que otros dicen y hacen.

Además, en esta misma obra Eiser (1989) nos ofrece también información sobre algunas características de las actitudes que pueden sernos útiles para nuestro estudio posterior.

En primer lugar, son experiencias hacia un objeto. No se trata de sentimientos carentes de una dirección, sino que existen en relación hacia algo.

Además, son experiencias subjetivas. Dos personas pueden tener hacia un mismo objeto actitudes completamente distintas, pues la actitud procede de la persona que la tiene y no del objeto sobre la que se proyecta, aunque exista una posible relación previa entre ambos.

Tienen una dimensión evaluativa. Cuando tenemos una actitud hacia un objeto, no solo tenemos una experiencia del objeto, sino una percepción positiva o negativa de este.

Se expresan a través del lenguaje. Las palabras tienen connotaciones y significados que expresan nuestra actitud. Como nota aclaratoria sobre este punto, supondremos que podemos incluir en esta definición de lenguaje el

lenguaje no verbal, ya que el propio autor expresa previamente que estos sentimientos tienden a reflejarse en la forma de actuar.

Las actitudes son inteligibles. Aunque no sepamos por qué una persona tiene una actitud determinada hacia un objeto, podemos entender qué sentimiento tiene, dentro de unos ciertos límites.

Como podemos ver, estamos ante una visión de las actitudes como una experiencia personal hacia un objeto, que no tiene por qué ser compartida por todos, que constituye una opinión, que puede ser previa al estímulo, que se expresa al exterior a través de lo que decimos y cómo actuamos y es inteligible para los que nos rodean.

Volviendo al trabajo de Bautista Vallejo (2001), este nos aporta dos nuevos añadidos a la definición de actitud.

La actitud es persistente, con lo que podemos suponer que una persona con una actitud determinada hacia un objeto la mantendrá salvo que algo provoque su cambio.

La actitud produce consistencia conductual, es decir lleva a que un individuo tenga una conducta determinada hacia un objeto de manera consistente en el tiempo, lo que añadido a la anterior nos dice que, salvo que algo cambie la actitud, una persona tendrá un mismo comportamiento hacia un mismo objeto a lo largo del tiempo.

En este punto, tenemos una definición bastante concreta y detallada de lo que podemos entender por actitud desde el punto de vista interno y su efecto externo en nosotros. Sin embargo, aún tenemos que ver su efecto en la clase y en los estudiantes, dado que nuestra pretensión es aplicar este conocimiento a las aulas.

3.3. Las actitudes en las aulas.

Ya en un anterior apartado hacíamos referencia a que Van Manen (1998) sostenía que un estudiante en ocasiones adoptaba el comportamiento de un profesor y que esto podía afectar a la personalidad del alumno. Por tanto, resulta importante revisar los trabajos publicados en el pasado sobre este campo, para comprobar a qué conclusiones han podido llegar para respaldar la opinión de que nuestra forma de ser en las aulas puede llegar a condicionar de tal manera a los alumnos.

En el estudio de Navas et al. (1991), ya anteriormente reseñado, se explica que existe una relación entre las expectativas de los profesores y los resultados obtenidos por sus alumnos. De hecho, se afirma que es la variable con mayor índice de correlación con el resultado de estos.

Ya establecimos las actitudes como opiniones previas sobre un hecho u objeto, lo que podemos claramente asemejar a una expectativa. Por ello, entendemos que este estudio resulta en un apoyo a la idea de que las actitudes de los profesores afectan en gran medida a los resultados que acabaran teniendo los alumnos.

Este mismo estudio establece, como es de esperar, que la relación entre expectativa y resultado es positiva. Un profesor que tenga una actitud positiva hacia sus alumnos generará un efecto positivo en los resultados de estos.

También podemos leer en la obra de Day y Gu (2012, p. 209) que:

Lo que marca a los docentes como “buenos” o “mejores que buenos” es algo diferente de su dominio de los contenidos y de la destreza pedagógica: es su pasión por enseñar, por los estudiantes y por el aprendizaje. Mantener esa pasión está íntimamente relacionado con su compromiso activo, que se relaciona a su vez con su sentido de identidad profesional, con su convicción de que pueden influir decisivamente en la motivación, la participación y el rendimiento de todos sus estudiantes.

En este párrafo los autores están hablando claramente de una actitud de los profesores hacia su trabajo y sus alumnos. Califica a esta clase de profesores

como mejores que buenos, con lo que podemos suponer que consideran que esta clase de actitud como positiva y una diferencia respecto a la ausencia de ella.

En la misma línea de la calidad del profesorado y las actitudes tenemos las palabras de Jordán Sierra (2015, p. 383)

El verdadero profesor —no el simple técnico o el asalariado de la enseñanza— capta con fina sensibilidad las continuas necesidades de todos y cada uno de sus alumnos y se ve impelido a responderlas haciéndose cargo de cada uno en concreto. De esta suerte, nace en él la responsabilidad pedagógica, de modo que los reclamos de todos los niños o jóvenes que le han sido encomendados encuentran eco en lo íntimo de su ser, resultándole imposible así adoptar una actitud superficial de «indiferencia».

De nuevo vemos las actitudes relacionadas con la calidad del profesorado, evidenciada por la expresión “verdadero profesor”, en este caso ante un docente que no es capaz de adoptar una actitud que muchos consideraríamos negativa para un trabajo con adolescentes, la indiferencia.

El mismo Jordán Sierra (2011, p. 61) destaca en otro de sus trabajos “la influencia que esas actitudes densas ejercen en el desarrollo académico y formativo de los menores a su cargo.” En este caso se refiere al amor, la responsabilidad y la esperanza pedagógicas.

Volviendo a Day y Gu (2012, p. 153) en la obra ya referida sostienen que:

Muchos docentes sienten que el compromiso forma parte de sus valores profesionales y de su sentido de los fines morales de la educación. Ese compromiso no es una opción, sino una necesidad, dado que es una condición esencial para el éxito de los profesores.

Podemos entender el compromiso como una actitud, por lo que podemos ver que en este texto los autores afirman que esta actitud en particular resulta esencial para el éxito de nuestro oficio y una necesidad para nuestro desempeño.

Incluso, en otra de sus obras podemos ver cómo Day (2006, p. 27) nos dice que “La pasión no es un lujo, una floritura o una cualidad que solo posean unos pocos docentes. Es esencial para una buena enseñanza.”

De nuevo, otra actitud, ya que nosotros entendemos la pasión como tal, que se considera esencial para nuestro trabajo.

Vemos estas opiniones como suficientes para apoyar que la actitud con la que un docente afronte una clase es muy importante, pero incluso podríamos ir un paso más adelante. Podríamos preguntarnos si todos estos efectos y opiniones de los estudiosos del tema son producto únicamente del efecto que tiene la actitud sobre el propio profesor, siendo los resultados de los alumnos únicamente producto de las gafas que el profesor interpone ante tus ojos con su propia forma de ver su práctica y a quienes tiene delante, o afectan al alumno de manera directa.

Esto último lo apoyan opiniones como la de Poc (2002, pp. 2-3) que afirma que:

Los chicos y chicas tienen un ojo clínico muy entrenado en saber diferenciar los niveles de implicación del profesorado en el hecho educativo, en la preocupación por generar un ambiente agradable en el grupo-clase, en el interés por su crecimiento personal. En los recuerdos de infancia y juventud, todos tenemos maestros, hombres y mujeres, que son claros referentes. De acuerdo con los niveles de edad, esta apreciación se expresa con un comportamiento fruto de una intuición vital muy primaria o con un análisis más razonado y meticuloso, pero en todo caso todos y todas son sensibles y entienden de ello.

Por tanto, podemos concluir que la actitud del profesor afecta a los alumnos en sus resultados, no solo desde el punto de vista de la forma que tenga de juzgar su desempeño, más o menos exigente, sino también en el propio desempeño de los alumnos, que inmediatamente notarán la actitud del profesor y se verán afectados por esta.

3.4. El profesor ante su primera clase.

Hasta ahora hemos hablado del profesor como activo de enorme valor para el proceso educativo y sobre cómo las actitudes que este muestre en las aulas pueden generar una diferencia en el estudiante mucho mayor que la que generaría un pequeño cambio en el temario o en los libros de texto.

Sin embargo, en la sociedad actual ya no se trata únicamente del efecto que sobre los alumnos tenga la actitud de un profesor o la clase de personas que enviamos a esa sociedad con nuestro ejemplo en las aulas. También se trata de la clase de profesores que esa sociedad integra en las aulas.

Muchos de los conocimientos adquiridos en el máster nos dan herramientas que nos permiten ser mejores profesores en la parte técnica. Tenemos mejores conocimientos sobre cómo aprende un adolescente, sobre qué clase de conflictos tiene a lo largo de esa etapa o sobre cuáles son las formas correctas de moverse en un instituto desde el punto de vista administrativo. Sabemos qué se hace en una tutoría o, ya en la parte específica, la mejor forma de enseñar matemáticas, idiomas o economía. Sin embargo, muchos no sabemos cómo enfrentarnos a un aula.

Ya Asensio (2010) nos exponía esta carencia en muchas formaciones y la poca importancia que puede tener la preparación técnica de una lección frente a un grupo en el que no se ha generado la predisposición para que esta sea aceptada de buen grado.

Sabiendo que la actitud que tengamos puede ser una herramienta para lograr dicha predisposición, tener claro el conjunto de aquellas que serían más adecuadas puede ser crucial.

Muchos podrían pensar que hace no tanto estábamos en el otro lado de la barrera y que sabremos qué desea un estudiante en su profesor, pero muchos lo hemos olvidado, o al menos difuminado, por nuestros años de universidad. Las necesidades de un alumno de instituto y de un universitario no son las mismas.

Las preguntas sobre cómo debería enseñarse y la persona que debería hacerlo pueden resultar aterradoras cuando se afrontan desde la inexperiencia e individualmente, especialmente si lo hacemos con honradez (Hansen, 2002).

Y esto es así porque para un profesor su actitud es algo consustancial a su trabajo. Nuestra forma de ser afecta profundamente a nuestros resultados, porque tratamos con personas. Asumimos con naturalidad que nuestra actitud importa al actuar frente a nuestro vecino o hacia un extraño, son seres pensantes, con sentimientos y aspiraciones. Sin embargo, al enfrentarnos al aula eso cambia.

El propio Hansen (2002, p. 37-38) nos habla de:

El joven profesor de instituto que repasa una y otra vez, nervioso, los materiales de trabajo en los pocos minutos previos a su primera clase [...] En esos momentos, las preguntas sobre quién debería ser profesor parecen retumbar en la cabeza del mismo modo que si se tratara de ecos procedentes de la cima de un monte del Olimpo, que aterrorizan a los mortales que observaban la escena desde abajo y los hacían temblar de miedo.

Como puede verse en las palabras de Hansen, estos inicios profesionales pueden ser unos momentos muy duros para cualquier profesor primerizo. Lo que esperan quienes ya han pasado por ese trance, y tienen experiencia, y lo que buscan en un profesor los alumnos que actualmente están en las aulas puede ser una información crucial para ese docente novel.

3.5. La percepción de profesores y alumnos sobre las actitudes docentes.

Algunos estudios como el de Bosch Caballero (2002) nos indican que existe una diferencia entre la actitud que los profesores dicen tener y la que perciben sus estudiantes en ellos.

Esto puede ser un grave problema. En cierto sentido nuestra práctica profesional está basada en el diseño de unas técnicas y estrategias pedagógicas extraídas de una reflexión previa a la entrada en las aulas y cimentada en una investigación y en una experiencia común de décadas de docentes. Suponemos que una serie de actitudes llevarán a un resultado en base a que sabemos que un adolescente que se vea expuesto a esa serie de actitudes tendrá una reacción determinada.

Sin embargo, si las investigaciones realizadas nos dicen que los alumnos perciben nuestros actos de un modo distinto al esperado tenemos dos posibles interpretaciones, ambas igualmente problemáticas.

- Entender que siempre ha sido así, con lo que nuestros resultados están errados porque proceden de una actitud percibida distinta a la que suponíamos.
- Entender que es un fenómeno mucho más reciente, con lo que tenemos que encontrar el modo de que nuestros estudiantes perciban las mismas actitudes que nosotros suponemos que proyectamos, ya que de otro modo estamos trabajando con un apoyo mucho menor de nuestro conocimiento previo en pedagogía.

Por otro lado, vemos que diferentes autores hacen referencia a determinadas actitudes como las más deseables. Así, Day y Gu (2012) hablan de la pasión, convicción y compromiso mientras Jordán Sierra (2015) nos habla de sensibilidad y falta de indiferencia.

Añadido a esto, tenemos las que hemos obtenido en nuestra experiencia en el máster, dado que en una de las clases analizamos las actitudes que considerábamos que debía tener un buen profesor. Esto nos ofreció un buen

listado de formas de ver la educación que, en nuestra opinión, fueron obtenidas en el mejor momento. En concreto cuando:

- Aún éramos fundamentalmente estudiantes y no sabíamos demasiado de lo que implicaba realmente ser profesor.
- Empezábamos a intentar pensar como tales y sabíamos lo suficiente para empezar a poder decir algo al respecto.

Tomando estas actitudes como un ejemplo a buscar en los profesores que actualmente ejercen en las aulas, resulta de interés que podamos averiguar si los estudiantes de hoy en día también desean esta clase de actitudes en sus docentes y si las perciben en estos.

Además, saber si nuestros profesores se perciben del mismo modo que se proyectan frente a los estudiantes también resultará de un gran valor, ya que así comprobaremos si estos pueden fiarse de sus propias impresiones para saber lo que sus alumnos observan en ellos.

4. Estudio empírico.

4.1. Objetivos.

Con este estudio pretendemos analizar la realidad en las aulas de un Instituto de Educación Secundaria en lo que respecta a las actitudes docentes. Por ello, nos centraremos en el valor que confieren los profesores y los alumnos a las actitudes de los profesores, buscando su opinión sobre lo deseables que serían determinadas actitudes dentro del desempeño diario de un docente.

Pretendemos averiguar, por un lado, cuáles son las actitudes consideradas de mayor importancia por parte de los profesores, además de cuánto consideran ellos mismos que están reflejadas en su trabajo diario en el instituto.

Por el otro lado, queremos saber qué actitudes consideran los alumnos que son más importantes, además de cuán reflejadas las ven en el día a día de su experiencia.

Añadido a esto, pretendemos averiguar si estas actitudes se ven modificadas por el entorno en el caso de los profesores, si ambos colectivos consideran que el otro modifica sus actitudes y la coherencia que ambos perciben dentro de la combinación entre lo que el docente muestra durante las clases y las actitudes que se exigen a los estudiantes.

Por último, al realizarse durante nuestro periodo de prácticas, reduciremos el tamaño de la muestra a uno que pueda ser asumido por la institución, lo que nos llevará a que nuestras conclusiones no sean tan representativas como sería deseable y, por tanto, no tengan pretensión de generalización.

4.2. Metodología.

Para obtener datos con los que llegar a conclusiones respecto a las preguntas planteadas en el anterior apartado, hemos recurrido al procedimiento del cuestionario. Realizamos encuestas diferentes para alumnos y profesores, aunque de contenido muy similar de cara a un mejor contraste de la información.

En primer lugar, se realizaron una serie de preguntas abiertas a ambos colectivos. Todas las preguntas a los estudiantes tuvieron su análogo para los profesores, añadiéndose también algunas a estos últimos respecto a cómo se modifican sus actitudes en función de su entorno o si algunas actitudes son más fáciles o difíciles de mantener.

Asimismo, valoraron cómo de deseables les resultarían determinadas actitudes en un docente, en una escala de uno a cinco puntos, y cómo de reflejadas están estas actitudes en los propios profesores, de nuevo en la misma escala.

Los cuestionarios de ambos grupos se cerraron con dos preguntas en las que se les pedía que caracterizaran en pocas palabras la figura de un buen y un mal docente.

Pueden consultarse ambos cuestionarios en los anexos y para todo el proceso de cumplimentación de los mismos se pidió previamente autorización a la jefatura de estudios del centro.

4.3. Contexto del estudio.

El estudio se ha realizado en un Instituto de Educación Secundaria del centro de Santander, con algo más de 130 profesores dentro del claustro y una población estudiantil de 1600 estudiantes, dentro de todos los niveles y estudios que se imparten.

En lo que se refiere a los estudios que se cursan en la institución, tenemos tanto los cuatro niveles de ESO, como Bachillerato, tanto matutino como vespertino, y varios estudios de Formación Profesional. Es, por tanto, una institución con una oferta muy amplia.

Se ha realizado la encuesta entre la última semana de marzo y la primera semana de abril de 2019.

4.4. Muestra.

Siguiendo las directrices de la jefatura de estudios, para disminuir el impacto de la encuesta dentro de la vida del instituto, se decidió reducir la muestra a los alumnos que en este curso académico acudían al nivel de primero de Bachillerato en todas las modalidades que se imparten en horario de mañana.

Además, se acordó con el centro que sería durante las horas de tutoría cuando se realizase la cumplimentación del cuestionario por parte de los alumnos. Esto fue así por el valor que desde el instituto se dio a que los estudiantes usasen esta encuesta para reflexionar sobre la figura del profesor y sobre las características que ellos mismos buscaban en dicha figura.

Además, se acordó que serían los propios tutores quienes realizaran dicha encuesta, pudiendo adaptarla al propio ritmo de sus tutorías. De este modo podrían retrasarla o adelantarla a su gusto sin tener que llegar a pactar un momento determinado.

En una reunión se les dieron pequeñas directrices a los tutores sobre cómo devolver las encuestas y se les entregaron copias extra para que pudieran entregar a los alumnos en caso de desperfecto de alguna de ellas.

Posteriormente se retornaron dichas encuestas en mano y se mezclaron con las de otros grupos que ya las habían realizado para eliminar cualquier información ajena a la propia encuesta, como la agrupación de los alumnos en diferentes clases.

Entrando en las cifras, se han entregado 218 encuestas a los estudiantes, de las cuales han sido devueltas 129. Esto representa el 59'17% de retorno de las encuestas.

Respecto a los profesores, se ha reducido la población a aquellos que tienen entre sus alumnos a estudiantes de ese mismo nivel, para que los cuestionarios puedan referirse dentro de lo posible al mismo grupo de docentes.

De nuevo, las encuestas se entregaron a los profesores para que ellos, durante dos semanas, pudieran rellenarlas y retornarlas ya cumplimentadas.

En este caso se entregaron un total de 28 encuestas y fueron retornadas 15, lo que arroja un porcentaje del 53'57% de respuesta.

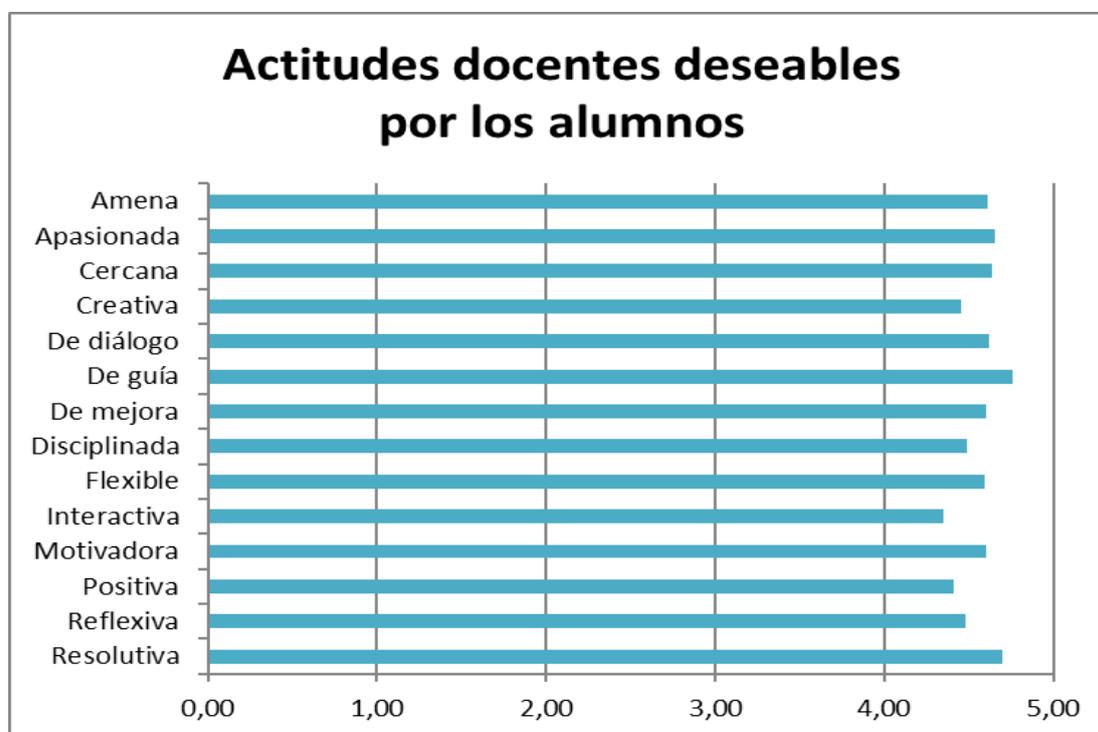
4.5. Resultados.

En primer lugar, analizaremos las respuestas ofrecidas por ambos colectivos respecto de las actitudes docentes, tanto las deseadas como las observadas. Hacemos esto por considerar que será mucho más interesante para el estudio observar primero los resultados cuantitativos para posteriormente poder matizarlos por medio de opiniones más abiertas y elaboradas que las estrictamente numéricas. Además, las valoraciones cuantitativas nos ofrecen una base sobre la que poder entender mejor las opiniones cualitativas vertidas.

4.5.1. Actitudes docentes deseables.

Respecto a los resultados obtenidos con respecto a esta cuestión, vamos a centrarnos primero en las opiniones sobre el docente que cada colectivo desea.

Empezaremos por los estudiantes.



Como puede verse, el perfil que hemos sugerido a los estudiantes de un profesor ha sido altamente aceptado por todos, ya que hemos obtenido una

media superior a cuatro puntos en todas las actitudes presentadas y en alrededor de dos tercios de ellas una valoración superior al cuatro y medio.

Además, no hemos obtenido una desviación típica superior a uno en ninguna, con lo que podemos concluir que dos tercios de todos los estudiantes tendrían una opinión de tres puntos o superior para cualquiera de estas actitudes.

Es por ello por lo que entendemos que los estudiantes otorgan un gran valor a las actitudes de sus docentes, al menos en lo que se refiere a las recogidas en esta parte del cuestionario. Posteriormente veremos si las opiniones vertidas en la parte cualitativa apoyan estos datos.

Respecto a los profesores, sus respuestas quedan reflejadas la siguiente gráfica.



Debemos aclarar que en este grupo sí observamos una desviación típica superior a la unidad en tres de las actitudes. En concreto, en las siguientes:

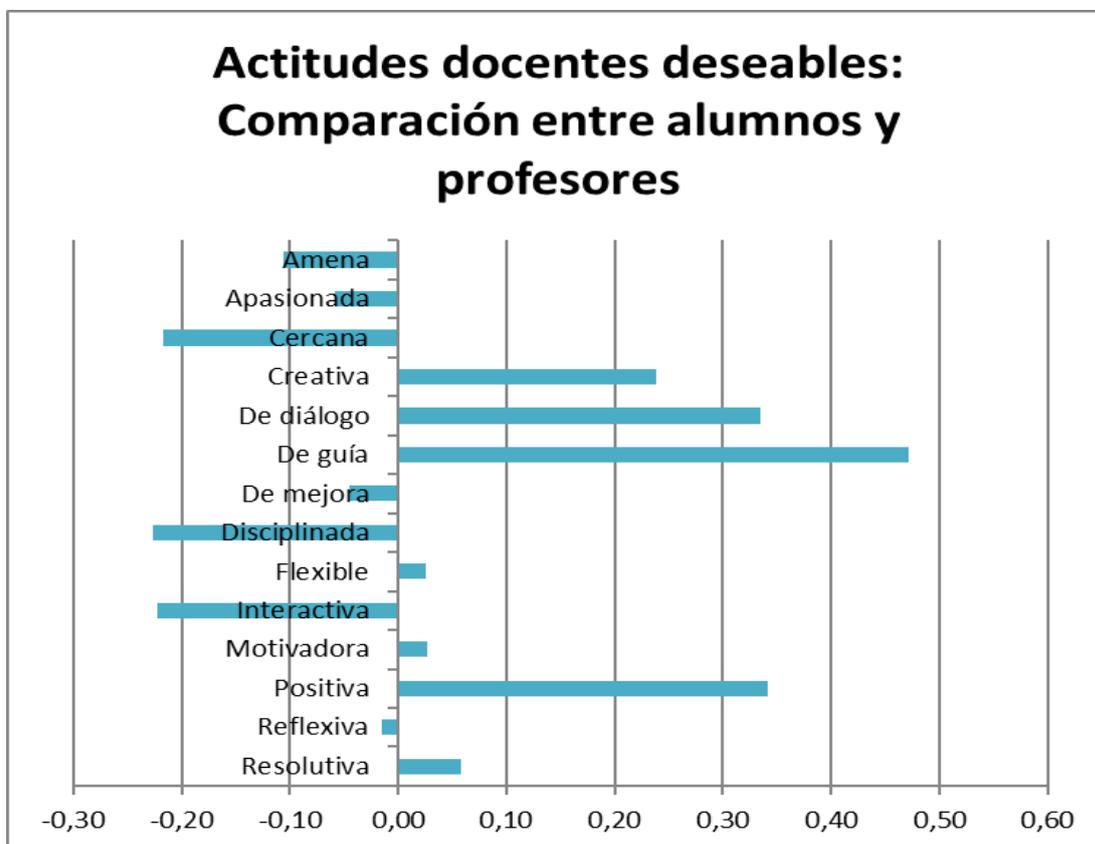
- De guía
- Positiva
- Reflexiva

Revisados los datos, podemos ver que estas desviaciones típicas superiores a uno proceden de encuestas en las que estos ítems han obtenido una valoración de uno. Dada la pequeña cantidad de cuestionarios que forman la muestra, esto ha afectado mucho a las cifras.

Como puede verse, incluso teniendo en cuenta las actitudes que obtienen un menor consenso entre los docentes, el perfil que se infiere del cuestionario es muy similar al obtenido dentro del colectivo de los estudiantes.

Las gráficas ya nos hacen constatar la existencia de una confluencia de opiniones, ya que observamos que la totalidad de los resultados son superiores a cuatro puntos. Sin embargo, podemos ver las pequeñas diferencias de opiniones entre ambos colectivos por medio de una gráfica.

De cara a explicar mejor las diferencias entre ambos colectivos, la hemos generado del siguiente modo. Todas las cifras positivas indican que en promedio los estudiantes consideran más deseable que los profesores determinada actitud, siendo los negativos el caso en el que son estos últimos lo que muestran un mayor interés en ella.



Como se puede comprobar la mayor parte se mueven dentro del rango del cuarto de punto, siendo además dos de las que se salen de esta horquilla pertenecientes al grupo de las actitudes que habían recibido una desviación típica superior a uno en el caso de los profesores.

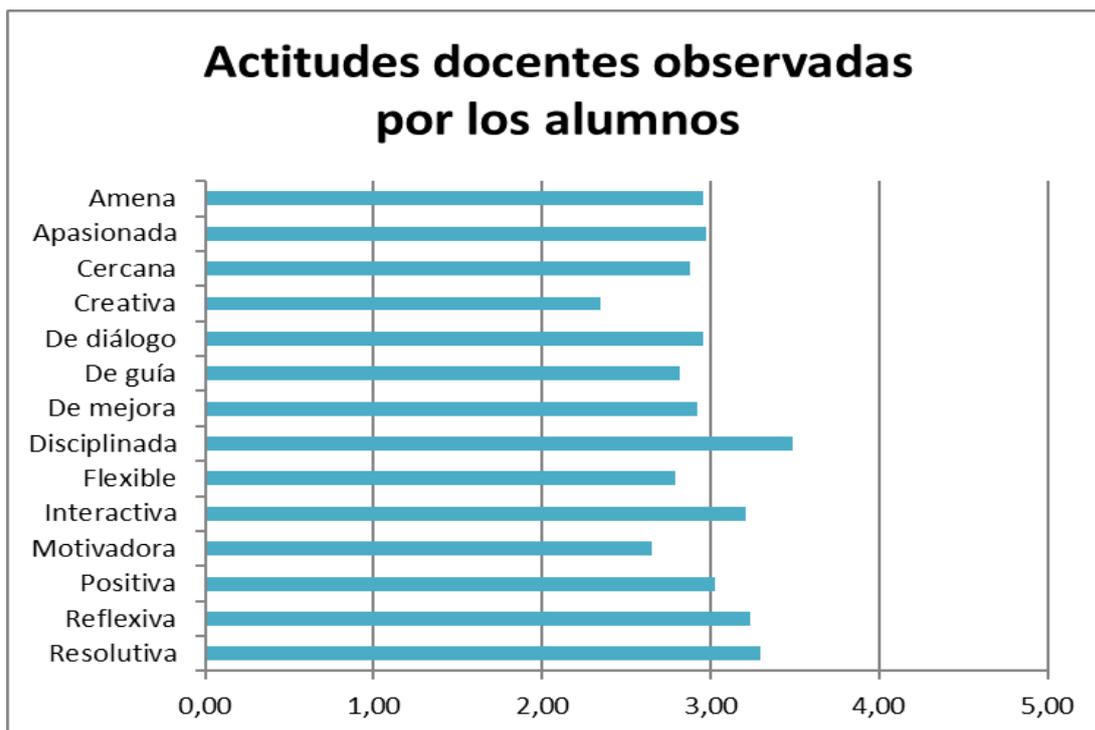
Estas valoraciones nos llevan a pensar que, al menos sobre el papel, existe un deseo, tanto por parte de los estudiantes como de los profesores, de que aquellos que trabajan en la educación de las siguientes generaciones sean excelentes no solo en el conocimiento, sino también en las actitudes que muestran durante las sesiones de clase y el resto del tiempo que pasan en el instituto. Posteriormente veremos si estas apreciaciones se ven refrendadas en la parte cualitativa.

4.5.2. Actitudes docentes observadas en la práctica pedagógica.

Ahora pasaremos a analizar los resultados que se han obtenido de la columna referente a la presencia real de las actitudes docentes en opinión de los estudiantes y los profesores.

En lo que respecta a la visión de la realidad que tienen ambos grupos respecto a las actitudes de los profesores, encontramos diferencias mucho más notables.

Empezaremos por ver la gráfica obtenida de las respuestas de los alumnos al cuestionario.



Como puede verse, existe una caída acusada en las valoraciones entre las actitudes que los estudiantes desean en sus profesores y aquellas que observan en ellos. Este hecho se puede apreciar incluso a simple vista, sin tener que recurrir a un análisis más sofisticado, pero posteriormente veremos cuánto ha caído el valor de cada una de las actitudes entre lo deseado y lo observado.

Hay que añadir que, en todas las actitudes, salvo en los casos de la actitud Amena y la Disciplinada, se obtiene una desviación típica superior a uno. Por tanto, no solo existe un descenso en las valoraciones, sino que estas se han vuelto más dispersas.

Esto nos muestra que nuestros estudiantes tienen una visión de sus profesores inferior a sus expectativas. Esperan de ellos más de lo que como colectivo les están dando, al menos por lo que se puede extraer de la muestra observada.

El siguiente paso es ver si este descenso se observa también en el caso de los profesores o, por el contrario, es una percepción de los alumnos que no se corresponde con la que tienen los docentes.



Como puede verse, existe también un descenso en las puntuaciones que se obtienen de los cuestionarios de los docentes. Sin embargo, las valoraciones se mantienen razonablemente altas, siendo el descenso muy poco acusado en muchos casos.

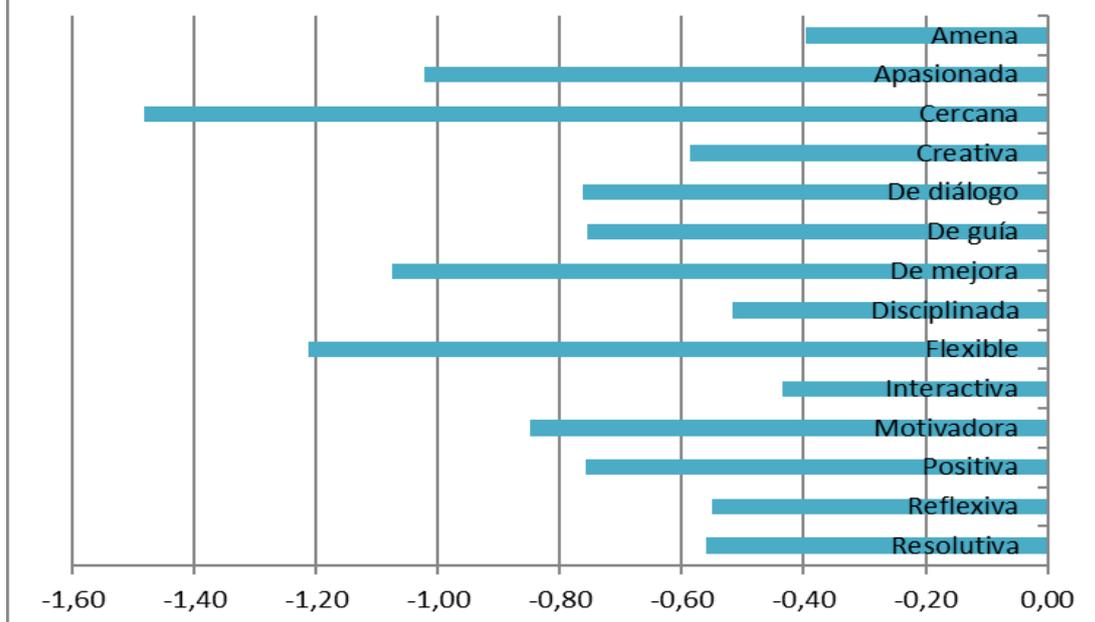
Por tanto, en opinión de los profesores, las actitudes que muestran durante las clases están más cercanas al perfil que ellos mismos han dibujado como deseable que en el caso de los estudiantes.

De nuevo es un descenso, pero es algo esperable teniendo en cuenta que estamos comparando una realidad con un perfil al que aspirar.

Dado que ambos colectivos han mostrado visiones tan distintas de la realidad, veamos cómo de diferentes son por medio de un gráfico.

Las cifras muestran las diferencias entre la percepción que tienen los alumnos y los profesores sobre las actitudes que muestran estos en el aula, con lo que todos los valores negativos indican que los estudiantes tienen peor opinión que sus profesores sobre dicha presencia en las aulas.

Actitudes docentes observadas: Comparación entre alumnos y profesores



Como puede verse, esto se repite en todas las actitudes sometidas a consideración.

Esto constata que los profesores y los alumnos tienen una visión distinta de la realidad, al menos según los datos obtenidos. Especialmente destacables son las cuatro actitudes que muestran una diferencia entre ambos grupos superior a un punto:

- Apasionada.
- Cercana.
- De mejora.
- Flexible.

Estas cuatro actitudes son posiblemente de las más importantes que puede tener un profesor. Tener pasión por lo que se hace y querer mejorar cada día son claves en esta profesión y preocuparse por los alumnos y adaptarse a sus necesidades son dos de las primeras características que se puede pedir a cualquier docente, si obviamos el conocimiento de la materia y de la didáctica de esta.

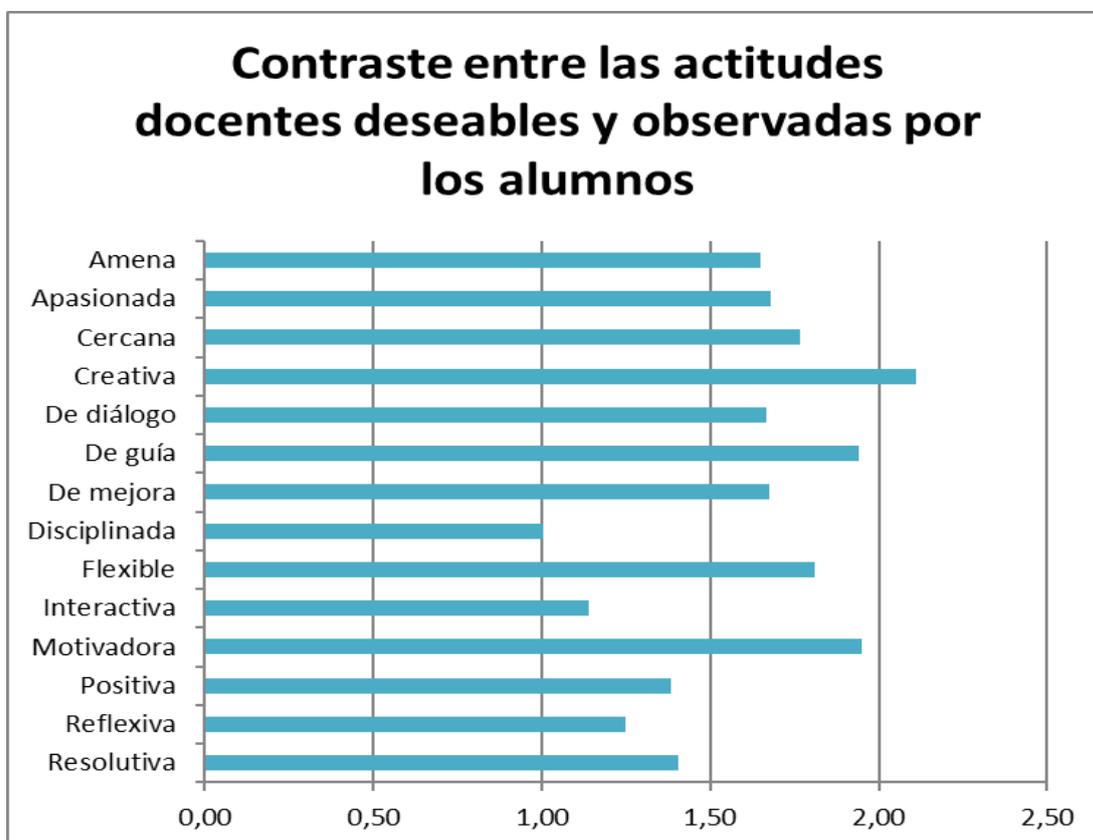
Que los alumnos tengan diferencias tan acusadas respecto a la opinión de sus propios docentes sobre estas actitudes es algo que nos revela un posible problema en cómo perciben los alumnos a sus profesores o estos a sí mismos.

4.5.3. Discrepancias entre lo deseable y lo observado en las actitudes docentes.

Por último, vamos a analizar las diferencias que cada colectivo ha obtenido entre lo que consideraban deseable en las actitudes docentes de los profesores y las observadas en estos.

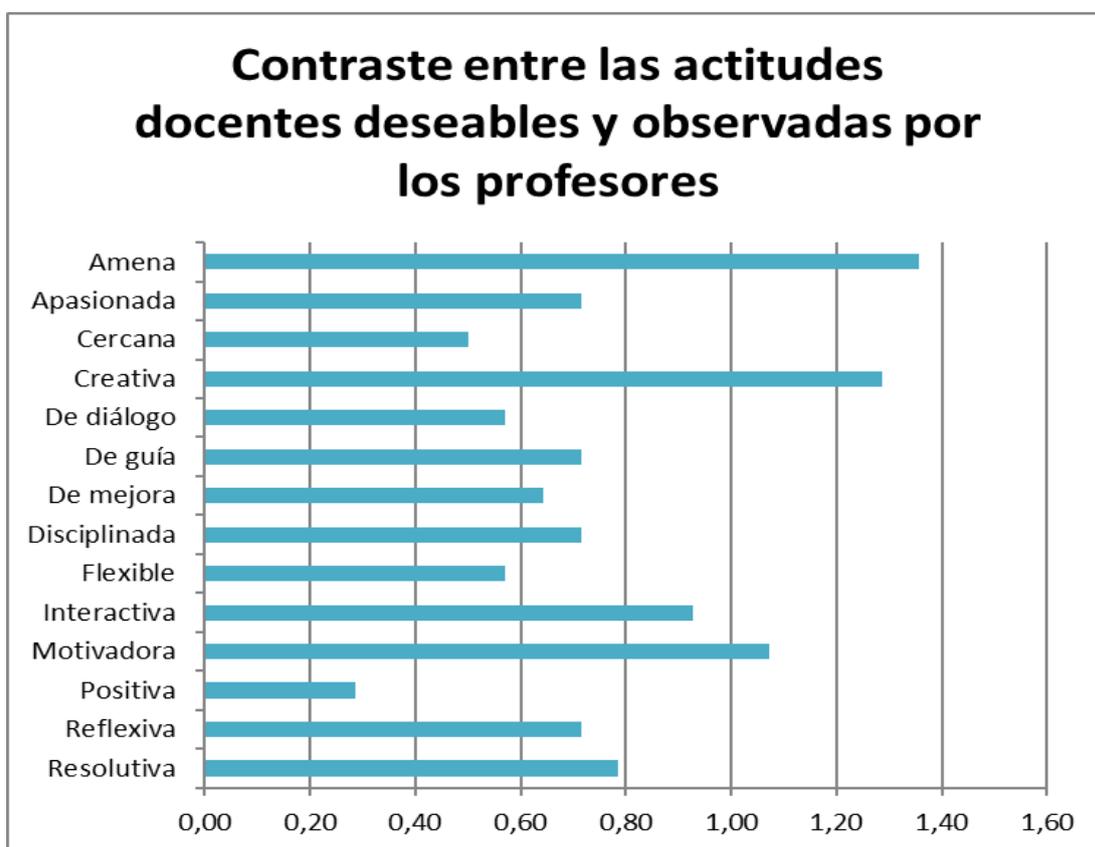
Si creamos una gráfica expresada como diferencia entre promedio de lo deseado y promedio de lo observado, obtenemos el siguiente resultado.

Por la construcción de la gráfica, todas las cifras positivas muestran que los estudiantes quieren que esa actitud determinada esté más presente de lo que está en sus profesores.



Como podemos ver, todas y cada una de las actitudes sobre las que se ha preguntado tienen un valor positivo e igual o superior a un punto. En uno de los casos incluso podemos ver una cifra que supera los dos puntos. Resulta claro que los estudiantes están pidiendo a sus profesores más de lo que obtienen en este aspecto en particular.

Cuando expresamos con la misma gráfica las diferencias entre el promedio de las actitudes deseables por los profesores y las observadas por estos mismos en su práctica docente obtenemos el siguiente resultado.



Ya con el gráfico que nos muestran las diferencias, queda patente que los profesores también se muestran críticos con la realidad de las aulas. Sus valoraciones sobre sí mismos son relativamente bajas si las comparamos con las que expresan como deseables. Posteriormente veremos si sus palabras reflejan la misma visión que estas valoraciones cuantitativas.

Sin embargo, las diferencias se han reducido. En el caso de los estudiantes hablábamos de un mínimo de un punto de diferencia y llegando en uno de los casos por encima de los dos puntos entre la presencia deseada y la real de

determinadas actitudes. Por el contrario, ninguna de las diferencias es superior al punto y medio para los profesores y la mayoría no superan el punto.

Por ello, podemos deducir que los alumnos tienen una percepción de la realidad mucho peor que la que han expuesto sus propios docentes.

4.5.4. Análisis de las respuestas a preguntas abiertas.

En este apartado seguiremos el orden de las preguntas tal como figuraban en el cuestionario de los profesores, intercalando, cuando sea pertinente, las que consideramos equivalentes en el cuestionario de los alumnos, como pueda ser el caso de preguntar a ambos colectivos si el otro modifica sustancialmente su propia actitud.

4.5.4.1. En tu tarea como docente, ¿mantienes diferentes actitudes dependiendo de cuál sea la asignatura que impartes o el grupo con el que estés? Por favor, concreta tu respuesta.

Se observa que existen dos grupos de respuestas muy diferenciados en esta cuestión. Por un lado, aquellos que optan por no cambiar o hacerlo mínimamente y aquellos que llevan su adaptación a la propia clase mucho más profundamente. Esto podría explicar la impresión de los estudiantes de que los profesores son poco flexibles, sobre todo si entre sus profesores hay mayoría de aquellos que entran dentro del primer grupo.

Hay que destacar que, dentro de los que deciden tomar un camino de mayor adaptación a sus estudiantes, la mayoría se guía por el nivel del grupo o el curso en el que están. Por ejemplo, un profesor nos expresaba que su actitud “es más exigente en los cursos altos y más paciente y entusiasta en los cursos bajos”.

4.5.4.2. Las actitudes que manifiestas en tu tarea docente, ¿difieren en función de las actitudes que muestren tus alumnos? Por favor, concreta tu respuesta.

Mientras en la anterior pregunta encontrábamos dos grupos bastante bien diferenciados entre aquellos que modificaban la actitud que tenían en función de la asignatura y el grupo y aquellos que mantenían las mismas como base, en el caso del efecto de las actitudes de los estudiantes sobre los profesores obtenemos una unanimidad casi completa.

Todos opinan que su actitud se modifica si los alumnos muestran una actitud u otra. En algunos casos incluso lo consideran como imposible de evitar. En cierto sentido tiene lógica, no es posible mantener una actitud frente a un grupo que no sea pertinente en la interacción con dicho grupo sin llegar a interferencias en dicha interacción.

Sin embargo, hubiera sido esperable que los profesores que afirmasen que mantenían una actitud igual para todos los grupos hubieran respondido del mismo modo en este caso. Por el contrario, esta relación no ha existido, siendo solo un profesor el que ha mantenido en ambos casos la respuesta de que sus actitudes se mantienen invariables.

La explicación puede estar en la respuesta de uno de los docentes. Según este, “Hay una base que no, pero sí es cierto que las actitudes de los alumnos pueden modificar algunas, como la creatividad o la cercanía”. Como podemos ver, existe una cierta modificación que podemos entender como adaptación al grupo, pero también una base que no se modifica y que constituye la naturaleza actitudinal del profesor. Esta última es la que, sospechamos, muchos profesores han identificado como aquella que no cambia entre grupos.

Esta pregunta tiene en el caso de los estudiantes un equivalente, que pasamos a analizar.

4.5.4.3. Las actitudes que manifiestas en una determinada asignatura, ¿están condicionadas por las actitudes que muestran tus profesores? Por favor, concreta tu respuesta.

En esta pregunta la respuesta de los estudiantes ha sido abrumadoramente positiva. Nueve de cada diez estudiantes han afirmado que la actitud del docente afecta directamente a su propia actitud durante las sesiones.

Sus respuestas, sobre todo, entran dentro del ámbito de la transmisión de la opinión que el profesor tiene sobre la materia que imparte. Hablan profusamente sobre el modo en que el entusiasmo y la pasión de sus profesores provoca mayor interés en ellos, que un profesor puede hacer que una asignatura que les sea agradable deje de serlo y viceversa e incluso que puede llegar a provocar que una asignatura se vuelva odiosa.

También ofrecen algunas respuestas que pudieran ser una gran conclusión a las ofrecidas en conjunto a esta pregunta del cuestionario, como un estudiante que afirmaba que “los profesores son los causantes (en gran parte) de que los alumnos se interesen por la asignatura”. El mejor resumen sería que la actitud del profesor es esencial. Los alumnos claramente consideran que es algo que va a hacer que la asignatura cambie a sus ojos mucho más que cualquier libro o temario.

4.5.4.4. ¿Las actitudes que manifiestas ante determinado grupo de alumnos están condicionadas por la opinión que tienen tus compañeros de él? Por favor, concreta tu respuesta.

De nuevo, esta es una pregunta que obtiene una respuesta muy unánime. Los profesores consideran que no se ven influenciados o condicionados por sus compañeros a la hora de tomar una u otra actitud frente a sus alumnos.

Destaca el razonamiento de uno de los profesores, que nos indicó que por su experiencia previa impartiendo clase a alumnos en riesgo de exclusión social sabía “lo importante que es darles una oportunidad”. Muchos otros tenían

respuestas similares relacionadas con darles el beneficio de la duda o formarse su propia opinión.

Esto desmentiría, al menos para los docentes que han respondido la encuesta, el fenómeno de que una clase reciba por parte del profesor una actitud distinta en función de que sus compañeros les informen de que dicho grupo de alumnos tienen una serie de características determinadas.

Es lo que sería de esperar de un docente, ya que se supone que han de ser justos con cada alumno y cada grupo de estos.

4.5.4.5. ¿Entre las actitudes que manifiestas en el marco de tu tarea docente existen algunas que resultan más sencillas de mantener? ¿Cuáles?

En el caso de esta pregunta obtenemos respuestas muy variadas.

En un primer grupo encontramos a aquellos que afirman que no encuentran ninguna más fácil de mantener. Tomadas por separado las encuestas de este grupo, no parecen tener en común respuestas en otras de las preguntas, con lo que no parecen ser profesores con características diferentes a quienes tienen mayores facilidades para mantener unas actitudes u otras.

El segundo grupo, aquellos que tienen algunas actitudes más fáciles de mantener, tiene a su vez diferentes actitudes que les resultan más sencillas.

En este caso tenemos por un lado aquellos que tienen facilidad para mantener las actitudes que pudiéramos calificar como más sociales, como la positividad, la cercanía o el diálogo

Por el otro encontramos las que entendemos como más propias del trabajo de docente, como la mejora continua o la disciplina.

Resulta muy destacada la repetición de la actitud de cercanía, que se encuentra de un modo u otro en casi la mitad de todas las respuestas, y la paciencia, que también obtiene muchas más menciones que otras.

4.5.4.6. ¿Y más complicadas de mantener? ¿Cuáles?

En cierto sentido las respuestas a la pregunta anterior se reflejan en esta. Mientras obteníamos en el primer caso actitudes como la cercanía y el diálogo como las más sencillas de mantener, aquí encontramos la distancia y la autoridad.

En esta pregunta también encontramos en varias ocasiones la disciplina, que antes se nombraba como algo fácil de mantener por algún profesor.

Por último, una de las más nombradas dentro de este apartado es la relacionada con la creatividad y la innovación docente. Al parecer los profesores tienen una imagen de sí mismos de profesionales a los que les cuesta salirse de su zona de confort en lo que a técnicas y enfoques se trata.

4.5.4.7. Las actitudes que consideras valiosas en el desempeño de tu práctica docente, ¿son similares a aquellas que pretendes que tus alumnos desarrollen?

En esta pregunta obtenemos una respuesta casi unánime. Todos los docentes opinan que tratan de inculcar en sus alumnos las mismas actitudes que ellos mismos consideran valiosas en su práctica docente. Incluso una de las respuestas incluye la conclusión más lógica a este resultado, están intentando educar a sus alumnos por medio del ejemplo.

La única respuesta que no es un rotundo sí proviene de un docente que alega que “otras no, porque tienen que ver con la forma en la que, como adulto, debo tratarles”. No profundiza más en la respuesta, pero entendemos que se refiere a que algunas de las actitudes valiosas para su propia práctica han de desarrollarse en momentos más avanzados de su desarrollo como personas.

A los estudiantes se les realizó la misma pregunta, para comprobar si tenían la misma percepción de esta realidad.

4.5.4.8. Las actitudes que tus profesores te piden que manifiestes en el contexto de las clases, ¿son similares a las que ellos mismos muestran?

Respecto a la opinión de los alumnos, encontramos una respuesta muy dividida. La mitad de los alumnos opinan que sus profesores son consecuentes en sus actitudes y exigen aquello que ellos mismos predicán con el ejemplo, mientras que existe otra mitad que considera que existe cierta hipocresía en las exigencias que hacen respecto a los aspectos actitudinales de sus estudiantes.

Dentro de este último grupo existen algunas respuestas que se repiten en mayor cantidad que las demás, por lo que consideraremos que son las más comunes a nivel general y, por tanto, aquellas que generan en mayor medida esa sensación de no estar recibiendo aquellos que se les pide.

En el primer grupo tendríamos el distanciamiento de los profesores, situándose en un nivel distinto al de sus propios alumnos. Los profesores asumen que tienen una posición que les permite dar ciertas respuestas a los estudiantes. Un ejemplo sería la afirmación de uno de los estudiantes de que “ellos se sitúan en un plano superior indiscutible en el que, en ocasiones, pueden hablarte de mala manera. Nosotros no podemos sin tener repercusiones”.

También, en la misma dirección, hemos obtenido respuestas relacionadas con que los profesores les piden una preparación, un trabajo y una puntualidad, tanto en las tareas puntuales como en la propia llegada al aula, que ellos mismos no se exigen o que, al menos, los estudiantes no ven reflejada en su realidad. En opinión de los estudiantes los docentes llegan tarde al aula y lo hacen sin haber preparado previamente la clase que van a impartir.

Por último, encontramos que muchos tienen la sensación de que sus profesores no se preocupan por ellos o de que su comprensión de la materia sea completa o, al menos, suficiente. No se explicita cuál sería la actitud equivalente en el estudiante, pero asumimos que sería la de preocuparse de hacer saber al docente que necesitan una segunda explicación.

Como puede verse, todos son ejemplos de alejamiento del profesor hacia sus alumnos. No tratarles con el mismo respeto que se pide, no tener la misma diligencia que se considera exigible en los adolescentes o una falta de preocupación real por si el mensaje ha llegado.

Llegados a esta pregunta, que ya nos muestra las primeras discrepancias, empezamos a entender la distancia en la percepción de la realidad de ambos grupos en la parte cuantitativa del cuestionario.

Una parte de ellos, de ahí que la caída no sea tan grande y al mismo tiempo exista una confluencia de respuestas baja, opina que sus profesores tienen actitudes que no son congruentes con lo que ellos mismos promulgan. No son respetuosos, no tienen cercanía con ellos o no muestran la misma dedicación a su trabajo que piden ellos a sus estudiantes.

Por tanto, para un grupo importante de los encuestados la valoración que reciben sus profesores es baja, lo que lastra la media mientras agranda la brecha entre las respuestas que dan ellos mismos, ya que para otros sus profesores sí están haciendo un buen trabajo en este sentido.

Por supuesto, dado que existe unanimidad dentro de los profesores en que están exigiendo a sus estudiantes las mismas actitudes que ellos mismos muestran, la distancia entre sus promedios y los de los estudiantes se agranda mientras que las valoraciones que se asignan a sí mismos son menos dispersas.

4.5.4.9. ¿Cómo describirías, en pocas palabras, a un buen profesor?

Esta es una pregunta que se realizó a ambos colectivos. Empezamos analizando las respuestas de los docentes.

Por supuesto esta es una cuestión que ha generado opiniones variadas. Sin embargo, existen algunas ideas que han aparecido en una gran cantidad de respuestas.

La primera de ellas es que un profesor ha de tener un gran dominio de su materia. Es la respuesta que más hemos obtenido y en la que los docentes

más han incidido como conjunto. Según parece, incluso por encima de las actitudes, que en muchos casos varían de uno a otro, todos han estado de acuerdo en que ese conocimiento formal es fundamental en un buen docente.

Entrando ya en la parte actitudinal de un profesor, han destacado dos actitudes por encima de las demás. El respeto y la cercanía.

Esta última actitud está siempre dentro de las destacadas por los docentes en cada una de las preguntas, lo cual nos sugiere que es a la que dan mayor peso.

Una de las respuestas, incluso ofrecía la siguiente opinión. “El profesor no debe tener defectos ni tolerarlos, su disciplina no debe ser severa y su amabilidad no debe ser exagerada [...] y cuanto más frecuentemente aconseje menos castigará.”

Los alumnos aportan, por el contrario, una mayor gama de requerimientos para las actitudes de sus profesores. Resulta lógico, teniendo en cuenta que tenemos diez veces más opiniones. Sin embargo, también aportan respuestas más elaboradas y con mayores datos, en su mayoría.

Algunas de las características de los docentes que ellos describen entran dentro de los aspectos que normalmente provocan quejas en ellos. Dos grandes ejemplos destacan sobre los demás en este caso.

La primera de ellas es el peso de los deberes y el estudio en su tiempo libre, aquí expresado como que los profesores entiendan que la asignatura que imparten no es la única que sus estudiantes cursan. Los alumnos entienden que muchos de sus profesores no valoran adecuadamente cuál es el tiempo real que el conjunto de trabajos y tiempo de estudio de todas las asignaturas que cursan cada año representa, ya que tienen la percepción de que solo su asignatura requiere de trabajo extra.

La segunda es que algunas preguntas del examen no se han explicado en clase, aquí expresado como preguntar lo que se ha explicado. El que tengan esta queja en particular, suponiendo que los profesores en general pregunten aquello que han explicado en clase, nos dice que los alumnos no atienden

durante todo el tiempo y que los profesores no destacan suficientemente lo que es capital en la materia, ya que sabemos que una parte de lo explicado va a ser olvidado en el tiempo entre la explicación y la prueba.

Otro de los aspectos más repetidos es el del trato interpersonal del profesor. Cercano, motivador, empático, paciente o justo aparecen constantemente dentro de los perfiles que los estudiantes aportan. Claramente los alumnos le dan gran importancia a que el docente sea una persona con la que resulte deseable compartir muchas sesiones de clase.

También tenemos una vertiente centrada en el docente con respecto a su profesión. Muchas de las respuestas incluyen conceptos como que le guste enseñar, le guste su asignatura o que le interese que sus alumnos aprendan. Una importante cantidad de los encuestados buscaban en su profesor a alguien que, además de tener calidad para transmitir su materia, valore la profesión en sí misma y la labor que implica, muy bien resumido en la frase “Si tiene pasión por lo que enseña, te lo va a transmitir”.

Por último, el cuarto aspecto es la relación del docente con sus estudiantes en el ámbito profesional, lo que aporta a sus alumnos dentro de su labor. Aquí se habla de que se adapte a las necesidades de sus alumnos y a sus capacidades, que aporte sentido a su materia y use ejemplos que ayuden a visualizar su uso en el mundo real o evalúe a sus alumnos con algo más que exámenes.

Como se puede ver, ante la pregunta de cómo se describiría a un buen profesor, hemos obtenido una respuesta que incluye, en su conjunto, aspectos relacionados con la relación tanto personal como profesional con los estudiantes. Además, se habla de alguien que valore la profesión y sepa medir sus decisiones respecto a trabajos y exámenes.

4.5.4.10. ¿Cómo describirías, en pocas palabras, a un mal profesor?

Esta es una pregunta que, de nuevo se realizó a ambos colectivos. Empezamos analizando las respuestas de los docentes.

Lógicamente esta respuesta tiene mucho de negación de la anterior. Cuando antes hablábamos de cercanía, ahora vemos distancia. Cuando antes hablábamos de respeto, ahora vemos faltas de respeto e incluso insultos. Esto es algo esperable, dado que es una pregunta puesta en negativo sobre la anterior, por lo que estas respuestas no aportan demasiado.

Sin embargo, junto a ellas aparecen otras que resultan mucho más significativas, por no tener su reflejo en la anterior a pesar de poderse expresar como tal en su caso.

La primera es el adoctrinamiento. Es posiblemente uno de los peligros de esta profesión, cruzar la línea entre educar y adoctrinar. El que en una muestra tan pequeña aparezca nombrado ya nos indica que sigue siendo algo que preocupa dentro de la profesión.

La segunda es la falta de vocación. Varios profesores hablan de este punto de diferentes maneras. Nombrada directamente la vocación o con frases como “aquel que no ama su profesión”, aparece en varios casos y siempre como algo muy importante. Esto podía llegar a inferirse de la pregunta anterior. Una persona cercana, que domina su propia materia y que se esfuerza en transmitir ese conocimiento a sus alumnos es una persona que tiene interés y vocación por esta profesión. Sin embargo, el que sea en este lado de la balanza cuando se nombre explícitamente también nos transmite información.

Creemos que esta ausencia en la pregunta sobre el buen profesor puede ser debida a lo siguiente. Estas dos son cuestiones que no suman para obtener un docente deseable. Que quien dirija una sesión de clase no adoctrine a sus alumnos y tenga vocación de enseñar es algo que casi suponemos. Esperamos que sea así.

Sin embargo, sí son cuestiones que restan, y mucho, cuando están ausentes. Que un profesor adoctrine a sus alumnos es algo que socialmente nos parece inaceptable y tenemos la sensación de que la profesión docente necesita de esa vocación para ser llevada adelante con adecuación a las exigencias que como comunidad tenemos. Por eso no vienen a nuestra cabeza al

preguntarnos lo que queremos, pero brillan en nuestra mente ante la pregunta de lo que no queremos.

En el momento en el que nos centramos en conocer el perfil de un mal profesor en la mente de los estudiantes, vemos de nuevo varias caras para dicho perfil.

Por un lado, tenemos al profesor alejado de sus propios alumnos, evidenciado en síntomas como que “no discute las opiniones del alumno, impone las suyas, no adapta los exámenes al contenido estudiado en clase”. También serían ejemplos que cambie las reglas de evaluación a mitad de curso sin justificación o que no se ponga en el lugar de sus alumnos. Todos ellos comportamientos que provocan que parte de la capacidad del profesor de ser un facilitador del aprendizaje desaparezcan o, al menos, se degraden.

En la misma línea tendríamos el que un profesor no resuelva dudas, no devuelva los trabajos corregidos, con la carga de retroalimentación que tendría para sus estudiantes, o que no deje participar a los alumnos, lo que les priva de la capacidad de comprobar durante el aprendizaje si este se está produciendo adecuadamente.

Respecto a cómo imparte las clases, las dos características más repetidas con mucha diferencia serían leer el libro o similares y resultar aburrido durante las sesiones. Estos serían aspectos que inciden en que un profesor sea visto por sus alumnos con un valor educativo similar al del propio libro de texto.

Por último, tendríamos aquellos que tienen que ver con la forma de ver a sus alumnos. Dentro de este grupo tendríamos el evitar tener en cuenta las capacidades individuales de los alumnos o tener preferencias entre ellos. La sensación de no ser tenidos en cuenta o no serlo adecuadamente parece ser algo que los alumnos tienen muy presente y les resulta especialmente negativo.

Como se puede ver, se habla de un profesor que acude a las aulas con la clase ya prevista, que no se sale de ella, no se adapta a lo que los alumnos necesitan e incluso recurre al libro para encadenar aún más la sesión a lo preparado previamente, no admite réplica a sus opiniones y cuyo favoritismo

no deja de ser otro paso hacia esa misma inmutabilidad, ya que genera su opinión de lo que sucederá antes de que ocurra. Este es un profesor que en gran medida no aporta a la mejora de sus alumnos mucho más que el filtro que aplicase al conocimiento para preparar las sesiones.

5. Conclusiones.

Hemos comprobado que los dos colectivos estudiados, docentes y alumnos, aprecian significativamente las actitudes que entendemos como positivas en un profesor. Tanto cuando les pedimos a los encuestados de ambos grupos que expresasen por medio de una escala la importancia de determinadas actitudes como cuando les solicitamos que dichas opiniones fueran explicitadas por medio de sus propias palabras quedó claro que eran altamente valoradas.

Respecto al efecto que tenían dichas actitudes en el alumnado, la respuesta de este fue mayoritariamente que su efecto era muy grande, en muchos casos incluso modificando la percepción que sobre una asignatura tienen ellos mismos. En el caso de los profesores la respuesta fue mucho más tibia, obteniendo tanto respuestas afirmativas como negativas respecto a si la actitud de los estudiantes modificaba la suya.

Respecto a aquellas actitudes que consideraban más cruciales, los resultados no nos aportaron conclusiones significativas, por ser la valoración de todas las actitudes enormemente alta.

Por el contrario, cuando pasamos a la explicación de ambos grupos respecto a las actitudes más importantes para ellos, nos quedó claro que existen grandes destacados para todos.

Tanto la vocación, y todo lo que la rodea, como la cercanía, con todo lo que ello implica, se han convertido en las actitudes que con más profundidad han calado en la visión general de lo que un buen profesor representa, al menos respecto a lo que se extrae de este estudio.

Respecto a los puntos en los que ambos grupos no coinciden, observamos una mayor incidencia en los aspectos profesionales en el caso de los docentes. Cuando se les preguntó por cómo debería ser un buen docente, la mayoría hizo hincapié en el conocimiento de la materia que han de impartir, dejando claro que para ellos era más importante el dominio de aquello que se debe transmitir que el modo en que esta transferencia de conocimiento se

deba producir. Esto nos puede sugerir que para los profesores la esfera del *Saber* es más importante que la del *Ser*.

Por el contrario, los alumnos se centran mucho más en los aspectos relacionados con el *Saber hacer* y el *Ser*. Para un estudiante parece ser mucho más importante que un profesor haga amena la clase o sea cercano a él que si tiene que consultar o no el libro para recordar una información determinada.

Muy posiblemente esta divergencia proceda del diferente enfoque que tienen ambos colectivos. Un profesor acude al aula cumpliendo un trabajo y una tarea que le hemos encomendado como sociedad. Por el contrario, el estudiante se presenta en ese mismo espacio para vivir una experiencia y avanzar en su educación. Por ello, el primero tiene en la mente qué necesita para que esa tarea sea cumplida adecuadamente, el conocimiento, mientras el segundo se plantea cómo va a ser esa experiencia y qué clase de persona va a estar ahí compartiendo ese momento, cómo hará el profesor las cosas y qué comportamiento tendrá.

Al mismo tiempo, vemos que existe una enorme divergencia cuando entramos en la realidad de las aulas. Los profesores tienen una visión de sí mismos mejor que la que sus propios estudiantes tienen de ellos. Por los resultados obtenidos en las respuestas a la pregunta cuantitativa, podemos deducir que se debe a que una parte de estos está desencantada con los docentes, ya que existe una parte del colectivo que tiene valoraciones que pudiéramos calificar de similares al promedio de las que ofrecen los docentes mientras la otra parte hace una valoración de sus profesores muy inferior, sin que exista una opción intermedia abundante.

Sin embargo, si nos fijamos en las respuestas a las preguntas cualitativas, vemos que existe un cierto desencanto con la profesión por parte de los propios docentes, que en muchos casos llegan a calificar a quienes la ejercen de “desfasados”, “con más pasado que futuro” o “mediatizados”. Aun así, estas no son razones suficientes para que la valoración descienda por debajo

de tres puntos, lo que nos sugiere que muchos profesores aceptan esta realidad como suficiente.

Además, los profesores se consideran independientes de sus compañeros respecto a la actitud que toman en lo que se refiere a cada uno de los grupos a los que imparten clase. Esta es una opinión que no ha tenido fisuras entre ellos, con lo que concluimos que es cierta, ya que no existen indicios de que sea de otro modo.

También afirman que muestran actitudes hacia sus alumnos similares a las que exigen en ellos. Este último es un punto que en el caso de los estudiantes muestra una enorme discrepancia, siendo la respuesta de la mitad de los encuestados opuesta a esa conclusión. Muchos opinan que no solo no muestran las mismas actitudes que piden, sino que pueden llegar a ser incluso contrarias. De nuevo vemos una diferencia clara en la realidad que ambos colectivos observan.

Por tanto, podemos concluir que ambos grupos tienen la misma visión cuando se les pregunta por la clase de profesional que desean en las aulas, pero no tanto cuando se llega al momento de hablar de la realidad que viven, en parte porque comienzan haciendo esas observaciones a través de prismas distintos.

Referencias.

- Argos, J. (2015). Ser docente de Educación Secundaria: perfilando su tarea desde diferentes miradas. En M. García Lastra, & J. Osoro Sierra (Eds.), *Temas clave en la formación inicial del profesorado de secundaria* (págs. 35-52). Santander: Editorial Universidad Cantabria.
- Asensio, J. (2010). *El desarrollo del tacto pedagógico (o la otra formación del educador)*. Barcelona: Graó.
- Bautista Vallejo, J. M. (2001). Actitudes y valores: precisiones conceptuales para el trabajo didáctico. *XXI Revista de educación*, 3, 189-196. Recuperado de <http://rabida.uhu.es/dspace/bitstream/handle/10272/320/b11993066.pdf?sequence=1>
- Bosch Caballero, M. del C. (2002). Valores y creencias del profesorado de secundaria sobre algunos aspectos de la educación. *Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 5(2), 1-6. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1034988>
- Day, C. (2006). *Pasión por enseñar: La identidad personal y profesional del docente y sus valores*. Madrid: Narcea.
- Day, C., & Gu, Q. (2012). *Profesores : vidas nuevas, verdades antiguas : una influencia decisiva en la vida de los alumnos*. Madrid: Narcea.
- Domingo Palomares, H. (1992). *La integración escolar: Actitudes de profesores y padres*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid. Recuperado de <https://eprints.ucm.es/2992/1/T18305.pdf>
- Eiser, R. (1989). *Psicología social. Actitudes, cognición y conducta social*. Madrid: Ediciones Pirámide.
- Hansen, D. (2002). *Explorando el corazón moral de la enseñanza*. Barcelona: Idea books.
- Jordán Sierra, J. A. (2011). Disposiciones esenciales de los profesores en las relaciones con sus alumnos desde una perspectiva ética-pedagógica. *Educación XX1*, 14(1), 59-87. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/706/70618224003.pdf>
- Jordán Sierra, J. A. (2015). La responsabilidad ética-pedagógica de los profesores-educadores: una mirada nueva desde Max van Manen. *Revista española de pedagogía* 73(261), 381-396. Recuperado de <https://revistadepedagogia.org/wp-content/uploads/2015/06/la-responsabilidad-etica-pedagogica.pdf>
- Navas, L., Castejón, J. L., & Sampascual, G. (1991). Las expectativas de profesores y alumnos como predictores del rendimiento. *Revista de Psicología General y Aplicada.*, 44(2), 231-239. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2857422>
- Ortega Ruiz, P. (1986). La investigación en la formación de actitudes: Problemas metodológicos y conceptuales. *Teoría de la educación* 1, 111-125. Recuperado de http://campus.usal.es/~revistas_trabajo/index.php/1130-3743/article/viewFile/2828/2866

Poc, A. (2002). ¿Crees que tus maestros, tus maestras, te han querido? *Senderi: educació en valors*(38), 1-3. Recuperado de http://cefire.edu.gva.es/pluginfile.php/502458/mod_resource/content/1/crees%20que%20tus%20maestros.pdf

Real Academia de la Lengua Española: <http://www.rae.es>

Van Manen, M. (1998). *El tacto en la enseñanza*. Barcelona: Paidós.

Anexo 1. Cuestionarios.

CUESTIONARIO PARA DOCENTES

Este cuestionario se realiza en el marco de un estudio que llevo a cabo sobre las actitudes que muestran los profesores en su tarea como docentes y que contribuirá a la realización de mi TFM del Máster de Formación del Profesorado de Secundaria.

Para mí tu colaboración resulta fundamental en cuanto que contribuye a conocer tu perspectiva en relación con esta temática.

Por favor, te ruego que respondas con sinceridad, ya que el cuestionario es totalmente anónimo. Gracias por tu inestimable colaboración.

Por favor, indica en qué niveles impartes docencia.

1º ESO	2º ESO	3º ESO	4º ESO	1º BACH	2º BACH
--------	--------	--------	--------	---------	---------

1 – En tu tarea como docente, ¿mantienes diferentes actitudes dependiendo de cuál sea la asignatura que impartes o el grupo de alumnos con el que estés? Por favor, concreta tu respuesta.

2 – Las actitudes que manifiestas en tu tarea docente, ¿difieren en función de las actitudes que muestren tus alumnos? Por favor, concreta tu respuesta.

3 – ¿Las actitudes que manifiestas ante determinado grupo de alumnos están condicionadas por la opinión que tienen tus compañeros de él? Por favor, concreta tu respuesta.

4 – ¿Entre las actitudes que manifiestas en el marco de tu tarea docente existen algunas que te resultan más sencillas de mantener? ¿Cuáles?

5 - ¿Y más complicadas de mantener? ¿Cuáles?

6 – Las actitudes que consideras valiosas en el desempeño de tu práctica docente, ¿son similares a aquellas que pretendes que tus alumnos desarrollen?

7–En el siguiente listado aparecen una serie de actitudes que pueden estar presentes en el desempeño de un profesor. Indica en la primera columna cuán deseables consideras que son dentro del comportamiento de un profesor, siendo 1 “Nada deseable” y 5 “Muy deseable”.

En la segunda columna indica cómo de presentes están en tu desempeño durante las sesiones, siendo 1 “Nada presente” y 5 “Completamente presente”.

Actitud	Deseable	Real
Amena: No resulta aburrido en su trabajo.		
Apasionada: Enfrenta su trabajo con gran entusiasmo por lo que hace.		
Cercana: Muestra interés real por sus alumnos y sus necesidades.		
Creativa: Fomenta la creación e innovación en su clase.		
De diálogo: Habla las cosas en lugar de tratar de imponerse en base a su autoridad.		
De guía: Intenta ayudar a los alumnos a llegar a sus metas.		
De mejora: Trata de aumentar sus capacidades personales y las de sus alumnos.		
Disciplinada: Se esfuerza en hacer su trabajo constantemente.		
Flexible: Se adapta a las necesidades de los alumnos.		
Interactiva: Intenta que sus alumnos participen activamente en clase.		
Motivadora: Busca motivar a los alumnos respecto a la tarea a realizar.		
Positiva: Intenta ver las cosas por el lado bueno.		
Reflexiva: No habla sin pensar primero. Ofrece respuestas meditadas.		
Resolutiva: Intenta solucionar los problemas e imprevistos.		
Otras (Indicar):		
Otras (Indicar):		
Otras (Indicar):		

8 - ¿Cómo describirías, en pocas palabras, a un buen profesor?

9 - ¿Cómo describirías, en pocas palabras, a un mal profesor?

CUESTIONARIO PARA ESTUDIANTES

Este cuestionario se realiza en el marco de un estudio que llevo a cabo sobre las actitudes que muestran los profesores en su tarea como docentes y que contribuirá a la realización de mi TFM del Máster de Formación del Profesorado de Secundaria.

Para mí tu colaboración resulta fundamental en cuanto que contribuye a conocer tu perspectiva en relación con esta temática.

Por favor, te ruego que respondas con sinceridad, ya que el cuestionario es totalmente anónimo. Gracias por tu inestimable colaboración.

Por favor, indica el curso en el que estás actualmente.

1º ESO	2º ESO	3º ESO	4º ESO	1º BACH	2º BACH
--------	--------	--------	--------	---------	---------

1 – Las actitudes que manifiestas en una determinada asignatura, ¿están condicionadas por las actitudes que muestran tus profesores? Por favor, concreta tu respuesta.

2 – Las actitudes que tus profesores te piden que manifiestes en el contexto de las clases, ¿son similares a las que ellos mismos muestran?

3 – En el siguiente listado aparecen una serie de actitudes que pueden estar presentes en el desempeño de un docente. Indica en la primera columna cómo de deseables te resultarían dentro del comportamiento de tus profesores, siendo 1 “Nada deseable” y 5 “Muy deseable”. En la segunda columna indica cómo de presentes están en el comportamiento de tus profesores, siendo 1 “Nada presente” y 5 “Completamente presente”.

Actitud	Deseable	Real
Amena: No resulta aburrido en su trabajo.		
Apasionada: Enfrenta su trabajo con gran entusiasmo por lo que hace.		
Cercana: Muestra interés real por sus alumnos y sus necesidades.		
Creativa: Fomenta la creación e innovación en su clase.		
De diálogo: Habla las cosas en lugar de tratar de imponerse en base a su autoridad.		
De guía: Intenta ayudar a los alumnos a llegar a sus metas.		
De mejora: Trata de aumentar sus capacidades personales y las de sus alumnos.		
Disciplinada: Se esfuerza en hacer su trabajo constantemente.		
Flexible: Se adapta a las necesidades de los alumnos.		
Interactiva: Intenta que sus alumnos participen activamente en clase.		
Motivadora: Busca motivar a los alumnos respecto a la tarea a realizar.		
Positiva: Intenta ver las cosas por el lado bueno.		
Reflexiva: No habla sin pensar primero. Ofrece respuestas meditadas.		
Resolutiva: Intenta solucionar los problemas e imprevistos.		
Otras (Indicar):		
Otras (Indicar):		
Otras (Indicar):		

4 - ¿Cómo describirías, en pocas palabras, a un buen profesor?

5 - ¿Cómo describirías, en pocas palabras, a un mal profesor?